

Ortega, al pie del Helicón*

Javier Gomá

Resumen

La claridad de la prosa de Ortega y Gasset, que éste definió como una forma de cortesía, descansa en una previa concepción ontológica y antropológica: la verdad es atractiva y concierne a todo hombre. Ortega fue un filósofo cívico y un educador que practicó magistralmente la sociabilidad en la filosofía. Su deseo de "brillar en sociedad" ha de ser entendido como la búsqueda de un test de razonabilidad de sus hipótesis filosóficas.

Palabras clave

Ortega y Gasset, cortesía, claridad estilística, sociabilidad, filosofía en el salón

Abstract

Clarity in Ortega y Gasset's prose, defined by him as a way of courtesy, lays on a previous ontological and anthropological conception: truth is attractive and concerns every man. Ortega was a civic philosopher and an instructor who mastered the sociability in Philosophy. His will to "shine in society" must be understood as a search of a test of Reason based on his philosophical hypothesis.

Keywords

Ortega y Gasset, courtesy, stylistic clarity, sociability, philosophy at the living room

Si uno de mis hijos me pide algún día consejo acerca de cómo iniciarse en los grandes problemas filosóficos, le recomendaré sin vacilar que lea las obras de José Ortega y Gasset. Y no sólo porque sus ensayos muestran con claridad el exacto estado del pensamiento en la primera mitad del siglo XX y representan, por eso mismo, una excelente introducción a las profundidades del cavilar filosófico, sino porque además cumplen ese ministerio con una gracia, un encanto, una seducción, una cortesía y una gozosa mundanidad que por desgracia han estado ausentes de la disciplina casi desde su inicio. Y, sin embargo, en la aurora de la filosofía encontramos, incitantes y divertidas, a las divinas Musas, hijas de Zeus.

* Este artículo es el prólogo escrito por su autor para el volumen de obras selectas de Ortega y Gasset que la editorial Gredos publicará próximamente en la colección *Biblioteca de grandes pensadores*.

Cómo citar este artículo:

Gomá, J. (2009). Ortega, al pie del Helicón. *Revista de Estudios Orteguianos*, (19), 117-123.
<https://doi.org/10.63487/reo.528>

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 19. 2009
noviembre-abril



Historiadores de la cultura coinciden últimamente en situar el nacimiento del racionalismo filosófico no en los textos de los físicos milesios, como ha sido costumbre hasta ahora, sino, casi un siglo antes, en los primeros hexámetros de un poema de juventud de Hesíodo, la *Teogonía*. Con sus narraciones pintorescas y fabulosas sobre las sucesivas generaciones de los dioses, sus uniones y matrimonios, Hesíodo trata de explicar la causa y el fundamento de la realidad del mundo, preguntándose por el origen de cuanto existe de una forma genuinamente filosófica que anticipa las investigaciones de Tales, Anaxímenes y Anaximandro. Para Hesíodo, las Musas, desde el origen de los tiempos, alegran con su delicado canto el inmenso corazón de Zeus “alabando la augusta estirpe de los dioses a los que engendró Gea y el vasto Urano”; es decir, ellas cantan precisamente una teogonía. La de Hesíodo es, para su propio autor, sólo una reiteración de la que las Musas entonan en el Olimpo en presencia de Zeus y que éstas le revelaron al poeta en un día memorable. En efecto, en los primeros versos del poema, Hesíodo cuenta que se hallaba al pie del monte Helicón apacentando sus ovejas cuando se le acercaron las Musas, le dieron un cetra que lo consagraba como poeta y le infundieron una voz divina, al mismo tiempo que le decían: “Sabemos decir muchas mentiras con apariencia de verdad, pero sabemos, cuando queremos, proclamar la verdad”. Las Musas inspiraron a Homero mitos falsos sólo aparentemente verdaderos y, en cambio, han querido comunicarle a él, Hesíodo, la auténtica verdad.

Es notable que el primero de nuestros textos filosóficos arranque con la escena autobiográfica de la vocación literaria de su autor. La filosofía, cabe inferir, nació por encomienda directa de las Musas para celebrar la verdad con el encantamiento que ellas derraman en sus cantos, ellas que fueron engendradas para “olvido de males y remedio de preocupaciones”.

Este primer y originario destino de la filosofía fue, sin embargo, prontamente frustrado. Con algunas excepciones –Jenófanes, Parménides, Empédocles y, más tarde, Lucrecio–, enseguida sus cultivadores cambiaron la poesía por la prosa filosófica, más exacta, más informativa, más lógica que el verso, pero carente de ritmo, de sonoridad, de hechizo; carente, en suma, de Musa. Ese Platón que quiso en su mocedad ser poeta trágico fue capaz en los diálogos tempranos y en algunos de su madurez –*Banquete*, *Fedro*, *Fedón*– de embriagarse con la hermosura, la luminosidad y el calor de la verdad, pero él mismo perdió no tardando mucho ese *eros* mágico, se burocratizó y fundó una Academia. Aristóteles distingue pedantemente las propiedades antes coexistentes del ser: por un lado, la verdad (*Metafísica*), por otro, el bien (*Ética a Nicómaco*), por otro, la belleza (*Poética*). Desde entonces siempre ha sido así: una verdad filosófica sin bondad ni belleza, la mayoría de las veces, prosa reseca, tediosa, mineralizada, exánime. A las Escuelas antiguas –epicúrea, estoica y escéptica– les siguió la Escolásti-

ca medieval y más tarde, durante la Modernidad, la filosofía –convertida en teoría del conocimiento– se puso ancilarmente, y sin gracia ninguna, al servicio de la ciencia. Academicismos, escolasticismos, cientificismos porfiaron durante largos siglos en el duro trabajo con el concepto, y se olvidaron del corro de Musas que danzan y cantan eternamente celebrando la verdad de los bienaventurados dioses.

Y entonces entró Ortega y Gasset en la historia de la filosofía. Ortega es un filósofo apolíneo, de conceptos bien recortados, diamantinos, luminosos. A Ortega todo el mundo lo entiende y sus ensayos están al alcance de todos los entendimientos. Por otra parte, sus páginas apuntan siempre a lo esencial. Sus escritos sobre metafísica, antropología, técnica, sociología, política, historiografía, estética o teoría de España suscitan con admirable desnudez lo nuclear de cada materia, sin dejarse enredar en cuestiones superfluas o de escuela, interesantes sólo para el gremio correspondiente. Quien lea sus libros se familiariza sin sentirlo con los temas capitales de nuestro tiempo. Allí están, expuestos con claridad meridiana, los asuntos que, oscurecidos y distorsionados por la jerga al uso, desarrollarán más tarde la hermenéutica, el existencialismo, la filosofía analítica, la deconstrucción, el pragmatismo, la teoría crítica, etcétera. A veces su propia claridad confunde, acostumbrados como estamos a asociar “lo profundo” con lo técnico y lo abstruso.

Ortega dijo que “la claridad es la cortesía del filósofo”, pero debió explicar qué entendía por cortesía. El modo orteguiano de filosofar rezuma una convicción: la verdad, y sobre todo la verdad filosófica, ha de atraer, por su propia naturaleza, a todo hombre despierto y curioso. Una verdad que es exclusiva de un grupo no es una verdad; a lo sumo –y es mucho decir– es sólo conocimiento. Su destino son las revistas especializadas y las bibliotecas universitarias. Pero si alguien plantea los asuntos auténticamente filosóficos, sobre el sentido de la vida y de la muerte, sobre el mundo y la cultura, sobre el saber y el comunicar y el crear, sobre la sociedad y la historia, todo esto necesariamente incumbe a todo hombre que vive de forma consciente su vida, no sólo al académico, al *scholar*, al investigador del ramo. De manera que la cortesía filosófica orteguiana descansa en una previa concepción ontológica y antropológica: si la verdad concierne a todo hombre, el filósofo debe dirigirse a todos con un lenguaje y un aparato conceptual que no estorbe esa cualidad de comprensión universal.

Pero es que, además –y esto es fundamental–, la verdad es atractiva y seductora, irradiante y cálida como el sol platónico. Ortega no sólo escribe con elegancia, sino que hace de la elegancia una prenda de la verdad. Por eso es tan injusto el reproche de estilista o literato que ya en su época se le endosó y que sólo manifiesta un prejuicio filosófico antiguo contra la amenidad en el

pensamiento. La prosa orteguiana persuade, convence, entretiene. ¿Dónde está dicho que la filosofía no pueda divertir y aficionar al lector? Si Platón expulsó a los poetas de su república, con un gesto que simboliza el duradero asentamiento del aburrimiento en la filosofía, Ortega los restituye en su posición y con ellos, a la Musa que los inspira. Con su acento vibrante, jubiloso, exuberante y gozador, Ortega une la belleza y la emoción a la rigurosa verdad y así cambia el aburrimiento de la tradición filosófica por una racionalidad amable y lujosa.

Ortega fue un filósofo hondamente cívico. Su pensamiento convida al lector a ser un ciudadano maduro, socializado y responsable y, en una pluralidad de ocasiones y contextos teóricos, ofrece un arsenal de razones convincentes a favor de la civilidad y contra la marea de la barbarie en pleamar. Incluso cuando, en su segunda etapa sobre todo, desarrolla argumentos relativistas o historicistas de sabor antimoderno, que serán luego retomados por la postmodernidad, lo hace con su característica prudencia, moderación y buen estilo, de manera que se diría que civiliza la postmodernidad aun antes de que ésta se entregue a sus conocidos excesos.

Uno no puede evitar pensar que el radicalismo de la filosofía de Nietzsche o de Heidegger, su nihilismo delirante, su exagerado desprecio de toda la tradición filosófica anterior, su intención titánica de destruirlo todo y empezar de nuevo, están relacionados de alguna forma con la misantropía de sus vidas y con su insuficiente sociabilidad personal. Cuando alguien frecuenta salones, buena sociedad, damas inteligentes y hermosas, periódicos y tertulias, como hizo Ortega, aprende a comportarse con modales y tiene eso que se llama “mundo”. Un filósofo con “mundo” tenderá a formular un sistema propicio a la convivencia entre los hombres. El aislamiento del filósofo solitario, que se siente inseguro y torpe en sociedad, será en cambio proclive, por efecto compensatorio, a las ensoñaciones irresponsables de autoexaltación individual. Nadie debería permitirse escribir en un libro lo que no se vea con fuerzas para exponer sin sonrojarse en una asamblea de hombres y mujeres refinados y razonables. “Brillar en sociedad” es un test de razonabilidad de las hipótesis filosóficas, y ahí Ortega alcanzó la cumbre máxima. Si la humanidad se levantara una mañana nietzscheana o heideggeriana, se precipitaría al punto a la anarquía; si se levantara orteguiana, sería, cuando menos, más habitable que la actual. En ese sentido, Ortega fue el gran educador del siglo XX, como Goethe lo fue del XIX.

No se trata de exaltar en triunfo a Ortega y Gasset, ni mucho menos. Él mismo lamentó no haber escrito los libros que había planeado para su sistema, interrumpido por mil solicitudes periodísticas y políticas que le reclamaron, por lo que su obra completa aparece fragmentada en centenas de artículos periodísticos, ensayos, colaboraciones, cursos y conferencias. Su estilo acusa a

veces un tono declamatorio más propio del XIX, trufado de barroquismos verbales que a nuestros oídos del XXI resuenan a veces a metal antiguo. Hay filósofos más originales, más creativos, más innovadores o más geniales que él, aunque pocos derrochan tanto talento. La falta congénita de sentido religioso para la totalidad de lo existente resta a veces a sus escritos metafísicos el hábito de grandeza de otros clásicos del pensamiento occidental; cuando Ortega murió, Heidegger escribió una breve nota necrológica en la que refería un encuentro entre los dos y lo mucho que le había impresionado el “positivismo” del español. Por último, Ortega, siempre tan alerta de la actualidad, tan en vanguardia, tan avizor de los nuevos signos, no vio, sin embargo, el avance de las dos grandes novedades culturales del siglo XX: la finitud y la igualdad, que, unidas, estaban preparando una transformación del orbe espiritual y social sin parangón en el pasado. Su actitud de fondo es la de una subjetividad panvitalista y aristocrática, lo cual le sitúa, en esos aspectos, a la espalda de los tiempos.

“¡Dichoso aquel de quien se prendan las Musas! Dulce le brota la voz de la boca”, se lee en la *Teogonía*. La voz de Ortega fue apolínea, elegante, cortés y civilizada, y todo indica que las Musas se prendaron de él. Hay, pues, que imaginar al filósofo pastor al pie del Helicón viéndolas danzar en corro y cantar y recibiendo el encargo de celebrar la verdad. Con él las hijas de Zeus y Mnemósine se reconciliaron finalmente con la filosofía, después de siglos de enemistad.

Un ruego final: que cuantos venimos detrás de él produciendo prosa filosófica no pongamos otra vez en fuga a las Musas por nuestra falta de modales. ●

Julio, 2009